

December 2000

Número 9: Primer Domingo de Adviento - Víspera de Año Nuevo

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2000) "Número 9: Primer Domingo de Adviento - Víspera de Año Nuevo," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2000 : No. 9 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2000/iss9/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ENCUENTRO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 9 – ISEDET

Textos para el mes de diciembre de 2000

Responsable: **Pablo R. Andiñach**

En esta oportunidad vamos a trabajar sobre los textos de los Evangelios, aunque en todos los casos recomendamos en la predicación aludir al pasaje del AT ya que el Adviento y Navidad están particularmente vinculados con las expectativas mesiánicas y las profecías sobre el hijo del hombre.

ENCUENTRO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 9 – ISEDET

03.12.2000 – Primer Domingo de Adviento (morado) – Pablo Andiñach

Jeremías 33:14-16; 1 Tesalonicenses 3:12-4:2; **Lucas 21:25-36**; Salmo 25:4-5.8-10.

Comenzamos el Adviento con un texto en el cual Jesús anuncia la inminente llegada del Reino de Dios. Es interesante observar que Jesús lo hace en el contexto de una pregunta sobre la futura destrucción del templo (21:5-7). Parece entonces hablarles en clave al narrar los hechos como si él no tuviera que ver con ellos. De hecho su presencia y mensaje inauguran la cercanía del Reino y muestran la buena voluntad de Dios para con la humanidad.

El llamado a estar atentos a este tiempo y a la actitud de oración nos convocan a un momento de espera. Es bueno recordar que la oración no era en aquel entonces sinónimo de estarse quieto y contemplando como se lo entendió mucho más tarde en la tradición y prácticas monásticas. Cuando Jesús llama a “estar orando” significa una actitud de estar atento a lo que Dios nos dice y nos señala para nuestras vidas. Jesús ha combinado un anuncio sobre la destrucción del lugar máspreciado por la religiosidad de su época con la irrupción de su persona y la llegada de la salvación al mundo.

Queremos comentar tres elementos que pueden estar presentes en una predicación sobre este texto:

A. Jesús se coloca en la línea de antiguas tradiciones pero a la vez obra una selección dentro de ellas. No todo lo que es antiguo –y en general apreciamos porque es parte de nuestra tradición y costumbre- tiene valor por sí mismo. En este caso aludo a las expectativas por el “hijo del hombre” ya presentes en Daniel 7:13 y otros textos. Sabemos que esta figura es controvertida dentro de la posterior –y actual- teología. Hay quienes la interpretan como aludiendo a su ser superior, el Mesías, que habría de venir para inaugurar una nueva era. Otros prefieren ver en esa figura una alusión al ser humano, distinguiéndola de cualquier figura celestial. Esta segunda interpretación es más fiel al lenguaje hebreo donde “hijo de hombre” significa literalmente “ser humano”, es decir, engendrado por un ser humano. Sin embargo ya en tiempos de Jesús se lo entendía como la llegada de alguien especial y así parece entenderlo el propio Señor en este discurso. Sea cual fuere el criterio

que adoptemos, es claro que nuestro texto alude a una irrupción celestial que modificará las coordenadas de la realidad y provocará un cambio de grandes magnitudes.

B. Ubicar este discurso de Jesús en el marco de la destrucción del templo también nos ayuda a ver para él las estructuras que no sirven a los propósitos del Reino no tienen futuro en el plan de Dios. Es difícil exagerar la belleza y prestancia del templo de Jerusalén luego de las tareas llevadas a cabo por Herodes. No sólo era el lugar de adoración, era también el orgullo de la ciudad y de sus líderes políticos y religiosos. El templo era un símbolo de lo que podían hacer este pueblo pequeño pero esforzado. Era la corona de Herodes y sus descendientes que gobernaban en este tiempo. Pero Jesús anuncia que la llegada del Reino coincidirá con la destrucción de lo que más quieren. Para las personas de aquella época era casi una contradicción incomprensible: ¿acaso el Reino de Dios no sería gobernado desde el templo mismo? ¿No estaría allí el centro de la vida del pueblo? Hoy también tenemos problemas para asumir que el camino del Señor no siempre coincide con nuestros planes e instituciones. Y quizá este tiempo de Adviento sea un buen momento para meditar sobre que servicio están cumpliendo nuestras estructuras y prácticas.

C. La convocatoria de Jesús a estar atentos y en oración apela a nuestra actitud ante él. Quizá porque estamos llegando a la Navidad –aunque este es un tema del todo el año- sea bueno enfatizar que en el encuentro con Jesús se pone a prueba nuestra existencia y compromiso con su mensaje. En otras palabras, que no hay cristianos nominales o “culturales”, sino lisa y llanamente creyentes en el Señor de la Navidad y la cruz. En este pasaje Jesús trata a sus oyentes casi como si no fueran creyentes. Les explica incluso con una parábola (29-33) que los signos del Reino los pone Dios y que ellos deben estar atentos para interpretarlos. ¿Cuáles son esos signos hoy en nuestra congregación y en nuestra vida? ¿Cuán abiertos tenemos los sentidos a lo que Dios nos dice en este tiempo? Estas son preguntas que nos preparan para recibir la Navidad que se acerca.

ENCUENTRO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 9 – ISEDET

10.12.2000 – Segundo Domingo de Adviento (morado) – Pablo Andiñach

Isaías 52:1-11; Filipenses 1:4-6.8-11; **Lucas 3:1-6**; Salmo 126:1-6.

El tiempo de Adviento continúa con la evocación de la predicación de Juan. Todo este momento de la Iglesia debe considerarse preparatorio para la celebración de la llegada del Señor. En ese sentido lo que se nos presenta hoy es un texto que nos habla de la acción de Dios y de la respuesta de los hombres, en este caso en la persona del Bautista. Si bien hay mucho para decir sobre este personaje, nosotros vamos a destacar tres elementos de este pasaje que nos pueden dar elementos para la predicación.

A. No siempre se prestó atención a los vs. 1-2 de este capítulo. Ellos son una poderosa voz a favor de los humildes y olvidados. El detalle de los hombres más fuertes y encumbrados de su época es impresionante. Tiberio César era emperador y Poncio Pilato gobernador. Luego baja un escalón más y nombra a los pequeños reyes designados por Roma de entre los líderes locales: Herodes (Agripa), nieto del Herodes Antipas, y Felipe que habían sido designados tetrarcas de Galilea e Iturea, respectivamente. Lisania – de quien no tenemos otras referencias – era tetrarca de Abilinia, una región al noroeste de Damasco. Finalmente nombra a los sumos sacerdotes Caifás y Anás. Y cuando toda hace suponer que a estos grandes líderes de la época Dios los utilizaría para comunicar algo, se introduce la figura del desconocido Juan, el hijo de otro desconocido llamado Zacarías, que habitaba lejos de los palacios y las fortalezas. La Palabra de Dios omite los templos y palacios y sus importantes habitantes: se revela al pobre Juan y en el desierto.

Seguramente ninguno de estos ricos y famosos llegó a conocer el texto de Lucas, pero sin duda que lo hubieran considerado una ofensa y una falta de respeto. Dios actúa no solo por donde menos lo esperamos sino que lo hace a través de aquellos que a sus ojos tienen un papel importante en el drama de la historia humana, pero que a los ojos humanos suelen ser los olvidados y olvidables.

B. Juan predica el perdón de los pecados. Esto merece una explicación. En tiempos de Juan se había construido todo un sistema religioso que colocaba a casi toda la población en infracción ante Dios. Fariseos y Saduceos, por caminos distintos y respondiendo a esquemas teológicos e ideológicos diferentes llegaban a la misma conclusión. En consecuencia, la imagen de Dios que se tenía era la de aquel que vendría a castigar a la gente por sus faltas y a reclamar sumisión a las autoridades. Esto no es lo mismo que nuestra afirmación de que todos somos pecadores y que pedimos al Señor redención para nuestras vidas. En realidad nuestra teología puede transformarse en una colección de faltas y castigos pero no estaríamos haciendo justicia al evangelio en su totalidad. Lo que sucedía en aquel entonces es que la gente se sentía agobiada por la pesada carga de pecados que los conducían a un castigo insalvable y del cual no podían más que esperar que cayera sobre ellos.

En este contexto la predicación de Juan, si bien está enraizada en las tradiciones bíblicas del amor y perdón de Dios, era una novedad para su época. Habían llegado a temerle a Dios

más que a amarlo, y no era para menos si este creador estaba constantemente amenazándolos con destruirlos por sus pecados. El anuncio del perdón de Dios es también importante hoy. Porque el perdón nos habilita para vivir creativamente la vida dando testimonio del amor de Dios.

C. Juan anunciaba “la salvación que viene de Dios”. Los que lo oían lo podrían creerlo. Sabían que Dios quería condenarlos y destruirlos, no salvarlos. Por otra parte, qué interés podría tener Dios es salvar la vida de estas pequeñas personas.

La respuesta de ayer es la misma que la de hoy. El plan de Dios consiste en rescatar la vida y en restituir una relación sana con él. Es interesante observar que para Dios no hay personas fuertes y débiles, importantes y olvidables. Esas categorías las solemos crear nosotros para dividirnos y clasificarnos. Pero en su plan todos somos pequeños por pecadores pero grandes por el valor de la vida que habita en nosotros. De modo que nadie debe sentir que no es importante ante Dios. Y si no lo es ante Dios tampoco lo debe ser ante el resto de las personas.

D. En una presentación homilética de este pasaje es relevante establecer esta relación entre el perdón de pecados y la salvación anunciada por Juan e inaugurada por Cristo. Para muchos sentir que sus faltas son perdonadas por Dios mismo es la única posibilidad de comprender el regalo de la salvación. Pero a la vez es necesario enfatizar que todo acceso al mensaje de salvación debe ir acompañado de una clara comprensión y arrepentimiento de nuestras faltas. El mensaje es que Dios está dispuesto a perdonar y en este tiempo de Adviento debemos disponernos a recibir el perdón de Dios y el regalo de su Hijo.

ENCUENTRO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 9 – ISEDET

17.12.2000 – Tercer Domingo de Adviento (morado) – Pablo Andiñach

Sofonías 3:14-18; Filipenses 4:4-7; **Lucas 3:10-18**; Isaías 12:2-6.

La pregunta dirigida a Juan es crucial y manifiesta una voluntad clara de sus oyentes de aceptar lo que Dios propone. Le dicen a Juan: “¿... qué haremos?” Responder a esa pregunta nos puede llevar toda la vida. Sin embargo, para el Bautista la respuesta es nítida: compartir los bienes, no extorsionar, no hacer trampas en beneficio propio. La propuesta es una vida ética acorde a la ley de Dios, haciendo justicia. Esta es la propuesta de Dios a través de Juan, y era en tal modo asombroso este mensaje que muchos comenzaban a creer que él era el mesías. El propio Juan tuvo que aclarar la situación.

Veamos los términos de sus palabras y sus consecuencias para nuestra tarea de predicadores.

A. En primer lugar el mensaje ético está en consonancia con las enseñanzas del AT. El respeto y ayuda a los pobres no era una novedad de las Escrituras, pero sí era una novedad que se predicara como elemento central y definitorio del mensaje de Dios. Si Juan anuncia el perdón y la salvación, la acción consecuente que se esperaba podría ser cualquier otra: agradecer en el templo, ofrecer ofrendas especiales, peregrinar más seguido a Jerusalén. Nadie esperaba que se los invitara a un acto tan secular como el compartir bienes y decir la verdad, o el negarse a pedir o aceptar sobornos. Una vez más el mensaje da en la tecla al invocar una práctica bíblica (la del amor al necesitado y la solidaridad) que con el tiempo se ha transformado en una conducta humana que se minimiza para no caer en la obligación de cumplirla. Es como decir que mentir no es algo tan grave, o que dar dádivas a cambio de beneficios es una práctica tan generalizada que deviene en no ser falta.

B. A Juan lo confunden con el Cristo. Tal era la desesperanza de la gente que ante un mensaje de amor y justicia creen estar ante el mismo mesías. Esta situación expresa también la confusión de la gente al vincular la expectativa mesiánica con una restitución de las relaciones éticas sin un aparente paso hacia otra dimensión mayor del mensaje. Pero a la vez muestra la necesidad que tenían de que “aquel que había de venir” llegar de una vez para poner por obra las promesas de Dios.

En ese sentido la gente no está mal orientada al sospechar que Juan es el mesías, pero la realidad es que aún falta una revelación más plena. Juan lo aclara: él bautiza con agua, pero el que viene luego de él bautizará con el Espíritu Santo y fuego. Es interesante observar que estas expresiones simbólicas conllevan un fuerte mensaje. El agua era el elemento ritual regular de los ritos judíos de purificación. Si bien no había nada parecido a un bautismo, la ley indicaba baños semanales y a veces diarios según la situación de impureza en que estuviera involucrada la persona. Por eso el agua no era una novedad para los judíos aunque sí lo era el sentido que Juan le daba de prepararse para algo inminente.

C. Normalmente los baños eran periódicos y purificaban hasta la próxima impureza. Ahora Juan decía que su bautismo preparaba para algo definitivo. El Espíritu Santo era un actor ajeno a todo rito de purificación en la tradición judía. El agua purificaba de por sí, por

mandato divino pero sin una intervención muy precisa de él. Ahora se anuncia que habrá un bautismo inminente y con intervención del Espíritu. Es muy probable que la gente no entendiera que estaba hablando Juan, pero sí que si él no era el mesías este estaba pronto a presentarse.

D. La tarea de Juan se parece a la nuestra. Anunciamos al mesías que no somos y decimos que es a él que hay que mirar y seguir. Juan puntualiza que la tarea del mesías será la de separar lo bueno de lo malo, la paja del trigo. Será alguien que sabrá distinguir lo bueno de lo malo. En otras palabras, que vendrá a hacer justicia distinguiendo entre la víctima y el victimario.

Ya señalamos el domingo anterior que la expectativa que se había creado era la de un final apocalíptico con un juicio general donde todos serían castigados. La justicia era entendida como un castigo de Dios generalizado. Pero ahora se les anunciaba que Dios estaba del lado de los pobres y pequeños y que la justicia no era una calamidad que se cernía sobre sus vidas sino una “buena noticia”, algo que debían esperar con alegría y que merecía ser celebrado.

E. Muchas veces en nuestros días entendemos el encuentro con Dios como un juicio más que como una fiesta. Pero el mensaje de Juan es que debemos prepararnos para que Dios haga maravillas delante de nosotros. Y algo que quizá Juan no llegó a comprender: que el mesías venía para que nosotros mismos fuéramos parte de esa buena noticia.

ENCUENTRO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 9 – ISEDET

24.12.2000 – Cuarto Domingo de Adviento (morado) / Nochebuena (blanco) – Pablo Andiñach

Miqueas 5:1-4; Hebreos 10:5-10; **Lucas 1:39-45**; Salmo 80:2-3.15-16.18-19.

Este cuarto domingo de Adviento nos acerca al hecho esperado de la Navidad. El texto que tenemos describe la visita de María a Elizabeth, ambas encinta aunque con situaciones diferentes: Elizabeth es una mujer mayor y que fue estéril durante su vida pero que entrada en años ha quedado embarazada; María es una joven de pocos años (se daban en casamiento a los 12 años), primeriza y recién despertando a la vida adulta. Poco se ha explorado esta simbología de dos mujeres en los extremos de la vida compartiendo un mismo proyecto dado por Dios. Hay varios elementos que las hermanan y las distinguen. Proponemos un recorrido a esos elementos para adentrarnos en un texto rico y profundo.

A. No está claro si María era de Judea o Galilea, pero sí que pertenecía al pueblo judío. Elizabeth vivía cerca de Jerusalén, “en una ciudad de Judá”. De hecho eran parientes entre ellas, lo que es también un dato curioso porque los lazos de parentescos se establecían y mantenían a través de los maridos y sus familias. No era habitual que las mujeres conservaran vínculos con sus familias de sangre ni que se visitaran cuando al casarse se iban a otra localidad. Si pensamos que Galilea está bastante lejos de lo que sería la residencia de Elizabeth en Judea, cabe la pregunta si María viajó sola a visitarla. De no ser así uno puede preguntarse dónde estaba José, por qué no se lo nombra en esta historia. De cualquier modo el relato nos muestra a dos mujeres con bastante autonomía y decisión. Si esto fue así o si refleja la intención del autor de enfatizar el valor de las mujeres tiene poca importancia, ya que lo que vale es el rol central femenino en esta historia.

También es de destacar que ambas mujeres están en una situación bien distinta respecto a su condición social. Mientras Elizabeth es una mujer casada, María es aún comprometida –y no casada- y en consecuencia socialmente sospechada de adulterio.

Un último elemento a destacar es que mientras Elizabeth es parte de una familia sacerdotal, María no lo es. Se dice de José que era descendiente de David, lo que ubica a Jesús en una línea real y de la cual se esperaba una nueva figura entre monárquica y celestial. Entonces Elizabeth –pariente de la madre de Jesús- aporta el elemento sacerdotal a su biografía pero a partir de un sacerdote humilde y del llamado “clero bajo”.

B. El encuentro de dos embarazadas es descrito con suma ternura. El movimiento del bebé en el vientre de Elizabeth como signo de alegría y de la llegada del Espíritu Santo pone en evidencia que esta parte de la historia de la salvación está en manos de mujeres y en funciones que solo ellas puedan ejercer. La buena noticia comienza entonces con el encuentro de dos mujeres en los extremos de la vida. Ese bebé para Elizabeth significaba el fruto esperado –y quizá el único, debido a lo avanzado de su edad- a lo largo de su vida de mujer estéril. Es el regalo de Dios luego de una larga espera. Para María es la noticia de que su hijo primero será el Señor, y seguramente imagina su futuro como toda mujer de la época colmada de hijos y al frente de su hogar junto a José.

Es decir, el presente está cargado de significado en una mujer por el pasado y en la otra por el futuro. Pero ambas mujeres están en una situación particular y que las hace expresar gratitud a Dios.

C. “Bienaventurada la que creyó”. No está de más enfatizar en esta fecha que la felicidad y la alegría que expresan estas mujeres tienen su base en la fe que ambas profesan ante el plan de Dios. Porque historias de ángeles anunciadores y de bebés con poderes corrían en esa época tanto como en la nuestra, y el mismo Jesús más tarde tuvo que evitar ser tenido por milagrero o un simple charlatán. ¿Por qué creerle a estos anuncios?

La respuesta no es fácil porque se sumerge en el mundo de las experiencias personales. El convencimiento de que Dios es verdadero en sus acciones y planes no tiene otra garantía que su propia fuerza y el convencimiento de que ese mensaje viene de Dios por que es coherente con lo que ha dicho y actuado a lo largo de la historia. Y la única respuesta que espera es nuestra fe y sus consecuencias.

ENCUENTRO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 9 – ISEDET

25.12.2000 – Navidad (blanco) – Pablo Andiñach

Juan 1:1-18; Isaías 52:7-10; Hebreos 1:1-6; Salmo 99.

Siempre es estimulante volver a un texto fundamental de las Escrituras en una fecha donde todos estamos dispuestos y sensibilizados para oír más detenidamente la palabra de Dios. Vamos entonces a detenernos a pensar qué se nos dice en estas páginas sobre aquel del que hoy celebramos su venida.

En primer lugar ubiquemos el relato. Este discurso abre el Evangelio de Juan, el cual no incluye los relatos de la infancia como hacen Lucas y Mateo. Al presentar su evangelio lo hace dando testimonio del sentido de la llegada de Cristo más que narrando su historia. En este caso no interesa tanto qué pasó en Belén ni como fue su nacimiento, sino que significado tiene para la historia de la humanidad lo que sucedió con la llegada del mesías. En vistas a esto distinguimos cuatro centros temáticos que pueden ser tomados homiléticamente.

A. Se identifica a Cristo con la fuerza creadora de los comienzos del universo. Es interesante observar que las primeras palabras de Juan (“En el principio...”) son idénticas al comienzo de Génesis 1:1, aun en la versión griega de la Septuaginta (LXX). Es decir, que el evangelista está queriendo significar que estamos ante un nuevo comienzo, una nueva fundación del universo, en esta ocasión motivada por la novedad del Verbo que ha tomado forma humana y ha decidido vivir con nosotros.

B. Es importante observar la función de la luz en Génesis y en este texto. Aquí nuevamente la luz es un elemento primordial vinculado a la vida y a la superación de las tinieblas. Es de notar que en Juan la luz y las tinieblas parecen tener un rol más activo al señalarse que unas “no prevalecieron” contra la otra, del mismo modo que la vida es nombrada casi como un actor más del drama primero. En Juan estos elementos son representantes de Cristo o de sus oponentes. Esto es así porque el lenguaje del evangelio es más simbólico y elusivo mientras que la narración de Génesis permanece en un nivel concreto y descriptivo, donde lo simbólico se presenta con un lenguaje propio y remite a un referente más general. En Génesis la oscuridad es un estado de la realidad que es simplemente modificado por el creador y preservado para el momento de la noche. La luz es creada para permitir la vida material del resto de la creación.

C. El evangelista nos dice que aun estando entre nosotros, el mundo no lo conoció. Esto significa que el mundo no aceptó su mensaje, pues *conocer* significaba apropiarse de algo. No deberíamos suponer que nosotros quedamos excluidos de ese mundo alejado del Señor. En realidad, Juan está diciendo que todas las personas rechazamos al Señor porque fuimos partícipes todos de su condena y crucifixión. En otras palabras, que no hay persona inocente frente a la tragedia del asesinato de quien vino para salvarnos. Y a la vez –por extensión- que siendo todos responsables de su muerte, nadie queda fuera del amor de Dios expresado en la cruz.

D. Pero pese a ello Dios no nos condena al olvido sino que se ha hecho persona y vino a vivir con nosotros. Esto es una revolución teológica desde el punto de vista judío y también romano, aunque por otras razones. Los primeros no aceptaban un mesías pacífico e incapaz –aunque podríamos decir no deseoso– de salvarse de la muerte en la cruz. La imagen de David era la de un conductor hábil, un guerrero fuerte y valeroso. Un hombre que le gustaban las ciudades y había construido su gobierno en torno a ellas. Jesús parecía cualquier otra cosa: una persona de las orillas y las aldeas pequeñas, un líder de multitudes pero no un guerrero o militar, una persona que no supo defenderse ante los romanos y sus leyes.

Para los griegos la dificultad estaba en que un Dios no podía hacerse ser humano. Es curioso que el pueblo que más mitologías y narraciones creó en la antigüedad donde dioses y diosas de forma humana vivían todo tipo de aventuras tuviera problemas para entender la divinidad de Cristo. Ellos creaban mitos pero no creían que un Dios podía rebajarse a ser humano, con sus imperfecciones y dudas, en la vida real.

Pero Cristo es el Hijo de Dios y se acerca a nosotros para vivir y padecer nuestra suerte. Y eso es lo que celebramos en Navidad.

ENCUENTRO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 9 – ISEDET

31.12.2000 – Víspera de Año Nuevo (blanco) – Pablo Andiñach

Proverbios 17:6-11; Colosenses 3:12-21; **Lucas 2:41-52**; Salmo 128:1-5.

Todo judío piadoso debía peregrinar a Jerusalén para la fiesta de la pascua. Solo estaban exentos de esta obligación los ancianos, los enfermos y los extremadamente pobres incapaces de proveerse el sustento para el viaje. Venían personas de todas las regiones, incluso de los lejanos rincones del mundo donde había colonias judías. Seguramente de cada pueblo y aldea partía una comitiva que por varios días iban a compartir el trayecto y los avatares del viaje. En Jerusalén se reunían miles de personas en esos días, y el tumulto debía ser muy grande incluso excediendo la capacidad de absorber gente en sus alojamientos y casas familiares que la ciudad tenía. Llevaba de cuatro a cinco días de caminata llegar de Nazaret a la capital, o quizá algo más, teniendo en cuenta lo montañoso del camino y la condición de muchos de los peregrinos. Los padres de Jesús hicieron este camino por primera vez acompañados de él que había cumplido doce años y así pasaba de niño a adulto. Era como un rito de iniciación peregrinar por primera vez para la pascua.

Vamos a destacar tres cosas de este relato.

A. Los padres no entienden por qué Jesús se quedó en el templo. Esto es un indicio que nos da el evangelio de esa falta de comprensión que va a ser regular en los discípulos y tantos otros que estarán cerca de él. En algún sentido excusa a otros de la misma falta de comprensión, pero a la vez adelanta que el mensaje de Cristo no fue comprendido por muchos, incluso sus propios padres. El texto nos dice que estaba con los sabios preguntándoles y oyéndoles a ellos. Se refiere obviamente a escribas y fariseos. Todo parece indicar que dialogaba con aquellos que tiempo después van a ser unos de sus principales oponentes. Pero Jesús aprendía de ellos, una actitud que debe mostrarnos su buena voluntad para con quienes probablemente expresaban puntos de vista distintos a los que él mismo iba a asumir más tarde y que lo llevarían a la muerte.

La preocupación de los padres puede significar que ellos se sienten responsables como cualquier otro matrimonio lo estaría de sus hijos. Nos muestra que no hay diferencias con otras familias y que para ellos Jesús todavía no se había revelado como un ser especial. Como en tantas otras cosas, la humanidad de Jesús se expresa aquí en que su entorno familiar es similar a otros.

B. Estos hechos suceden durante la Pascua. Esto es también un adelanto del evangelista, ya que otros eventos fundamentales van a suceder en la vida de Jesús en otra Pascua dos décadas más tarde. Es un modo de decirnos que la vida de Jesús está ligada a esa fecha de un modo profundo. Por un lado es el recuerdo de la liberación de Egipto celebrado por todo el pueblo. Por el otro es la nueva era que el mesías inaugura construyendo su mensaje y su vida en torno a esa fiesta tan significativa. Su presencia en el templo preanuncia que su mensaje será de una nueva liberación, evocando aquella de la esclavitud de Egipto pero dándole un más extenso y profundo significado. Su muerte en pascua volverá a llamar la

atención sobre el significado de su sacrificio en relación con aquella otra pascua del desierto.

C. Crecer en estatura, sabiduría y gracia es una descripción de lo que estaba aconteciendo con Jesús en estos años llamados de la vida “oculta”, porque tan poco sabemos de lo que sucedió en ellos. De hecho tenemos solo esta historia que cubre algunos pocos días y un hecho específico para llenar todo lo que va desde su nacimiento hasta el comienzo de su ministerio cuando tenía “unos treinta años” (Lucas 3:23). Pero esta descripción –si la entendemos en sentido profundo- bien puede aplicarse a otras personas, que crecemos en cuerpo pero también en gracia en la medida que nos disponemos a colocarnos en las manos de Dios y asumir sus planes para nuestra vida. Es interesante rescatar esta integralidad del crecimiento de Jesús. Porque el texto no se limita a exaltar su espiritualidad ni su particular devoción por lo sagrado. Al contrario, detalla que junto a su crecimiento físico (estatura), también lo hacía en conocimiento racional (racional) y por último en “gracia”. ¿Qué significa esto?

La gracia es algo que Dios da. No es la “espiritualidad” al menos en el sentido llano, ya que esta es una actitud del ser humano que ve la realidad y la interpreta como campo de acción de Dios y de los hombres. Pero la gracia es la presencia de Dios en la vida, es un don recibido y el cual somos convocados para administrar en la economía de su Reino. Jesús crecía en gracia. Nosotros también somos invitados a dejar que la gracia de Dios actúe en nuestras vidas.